

Legado de Lázaro Cárdenas

Jaime Augusto Shelley

Lázaro Cárdenas se erige, en el México del siglo XX, como uno de sus presidentes más destacados. El poeta Jaime Augusto Shelley recorre la vida ejemplar del mandatario michoacano a partir de sus Obras publicadas por la UNAM en 1986.

Si bien es cierto que don *Manuelito* Ávila Camacho ostentaba el grado de general del ejército, sus logros más significativos se dieron detrás de un escritorio, sirviendo fiel y dedicadamente a su jefe, tomando dictados, enviando partes y organizando giras de inspección, etcétera, de modo que al ocupar la primera magistratura, su designación implicaba más un gesto de conciliación que una continuación del proyecto cardenista. Un giro hacia un centro con signos de mayor moderación. Es todavía un misterio por descubrir las razones que impulsaron a Cárdenas a tomar esa decisión, cuando todo el mundo apostaba a que la sucesión se daría en la persona del general Múgica, el más cercano ideológicamente y de mayor confianza en su círculo.

El derrumbe del proyecto revolucionario empieza allí y, con esto, una época termina.

Al sexenio de Miguel Alemán, el *cachorro de la Revolución mexicana*, como se le conoció en su campaña, se le caracteriza por su sistematización de la corrupción como forma de operar en lo político y en lo económico.

Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error se convierte en la divisa de su régimen. Y de allí en adelante, de manera creciente, se ha constituido como forma de

ser y actuar del mexicano. Casi nadie escapa y el que lo hace está destinado al ninguneo y la pobreza.

El general Cárdenas tuvo el cuidado de fijar, desde el principio de su aventura juvenil (1913), sus andanzas partidarias y militares en unos cuadernos a los que se nombró escuetamente, *Obras I, Apuntes, 1913-1940*, tomo I, al que siguieron a lo largo del mismo año, el tomo II, *1941-1956*; el tomo III, *1957-1966*; y, por último, el tomo IV, *1967-1970*; que, en 1986, fueron publicados (casi de manera vergonzante), por la UNAM, con un impresionante tiraje de ¡tres mil! ejemplares que, de hecho, pasaron inadvertidos.

Esto habla, de manera muy puntual, de nuestra maravillosa vocación de preservar y difundir nuestro acervo histórico, en este caso, uno de los importantes de que se tenga noticia.

Se trata de un documento de la mayor importancia para el estudio de un periodo de nuestra historia que, a la luz de las ignominias que ahora padecemos, reinsertan en la conciencia dolida del país las preguntas y respuestas necesarias para la comprensión cabal del despojo que la oligarquía dominante, bendecida por la jerarquía eclesiástica, realiza a mansalva, y de la muy necesaria reo-

rientación radical que nos lleve de la presente línea de corte gerencial (totalmente dependiente del patrón norteamericano), de regreso a una visión de carácter político y en beneficio de las mayorías.

Estudiar la trayectoria de este hombre excepcional a lo largo de su carrera nos puede servir para entender el proceso de transformación de una sociedad de tipo casi por entero rural a otra de naturaleza industrial (y cada vez más de servicios) y urbana. De una República con soporte democrático a otra, de cuerpo y alma oligopólicos.

Es evidente la edición (¿censura?) que alguien hizo de los *Apuntes*. En las fechas que el autor va registrando con minucia, hay saltos inexplicables, dado que se dan en fechas trascendentales como, por ejemplo, la brecha entre su campaña como candidato y su elección y toma de posesión. Lo mismo sucede también, al final de su mandato, donde no aparecen las páginas correspondientes. Otras, como las inteligentes maniobras que realizó (cambio de gobernadores, de jefes de zona militar, creación de la CTM, etcétera), mediante las cuales llega a minar las bases del poder de Calles, también desaparecen del texto publicado. Ello hace dudar mucho de la integridad de los escritos.

Cómo creer que el general no iba a dejar plasmadas sus reflexiones al respecto.

Tales detalles aparte, estas memorias nos brindan, por el aliento que las vivifica, la experiencia de recuperar gracias a su mirada, un México real, no uno *imaginario*, como el que se pretende hacernos creer ahora, por todos los medios de difusión.

Los *Apuntes* nos dan, asimismo, datos impresionantes acerca de la magnitud y extensión de los viajes que su autor realiza por el país. Es un recorrer interminable por todos los rincones del país, desde su inicial obediencia a las órdenes militares que lo sitúan en distintas plazas, hasta su interminable peregrinar durante y después de su presidencia, realizando obras y proyectos de mayor y menor escala.

No queriendo, en ningún momento, parecerse al “jefe máximo”, al dejar Los Pinos, el ciudadano Lázaro Cárdenas se desliga de toda actividad política y partidista. Es un caso de integridad, respeto y dignidad, que deberíamos aquilatar.

Y ello no quiere decir que dedique el resto de sus días a una vida de lujo y placer, a costa del erario, como ocurre con sus sucesores.

La insobornable ética que lo guía a lo largo de los años se refleja en su hacer por las comunidades marginadas. Los puntos olvidados de nuestra geografía reciben su atención y procura de ayudas de todo tipo, de manera directa y continua.

El *Tata* Lázaro es identificado por todos como su protector y amigo, incluso muchos años después de haber dejado la presidencia.

Para los gobernantes que lo siguieron su imagen se convirtió, si acaso, en una retórica útil a la hora de los discursos, tratando, al mismo tiempo, de opacar su enorme contribución al desarrollo del país, al poner su figura al lado de Calles, Obregón o Carranza, personajes muertos, con méritos menores a los suyos.

Destacan los historiadores a sueldo lo ostensible: la expropiación petrolera, el reparto agrario; dejan de lado los esfuerzos de años para consolidar esos logros, como la creación de escuelas rurales, desde primarias hasta nivel tecnológico, de normales de maestros, del Politécnico Nacional, de las obras de irrigación, que van de canales sencillos a presas de pequeña y mediana capacidad. Es de destacar su defensa, a brazo partido, de la República española y los refugiados que asila; y la que hará, años más tarde, de la revolución cubana. Y sigue un largo etcétera, acciones que el lector de esos escritos puede ir descubriendo a lo largo de sus páginas. Sin olvidar el hecho de que tales obras se realizan con muy escasos dineros, en tiempos de la Gran Depresión y de un Estados Unidos que, a partir de la expropiación, blande el garrote y presiona con sus políticas hostiles y sus bloqueos económicos.

Amén de la feroz oposición de la gran burguesía nacional y la jerarquía eclesiástica, que buscan, por todos los medios, recuperar sus privilegios.

Leer estos documentos es un ejercicio que debiera ser obligatorio en las escuelas secundarias o de bachillerato, al menos para los maestros. Además, a ratos, la narración tiene un toque de picaresca, muy peculiar. Como cuando se le apresa en su pueblo (porque quiere ir a visitar a su mamá) y él se detiene, mañosamente, a tomar un refresco en una tiendita y es ayudado por la propietaria a escapar —ya que lo conoce—, al poner su cuerpo entre los dos gendarmes y el joven, que aprovecha para saltar una tapia y huir. Días de violencia, no de horror.

Los jefes revolucionarios que le precedieron tienen historiales sanguinarios y/o arbitrarios. No fue así con Cárdenas. Siempre apegado a la ley, destierra a Calles, no lo asesina. Enfrenta a Cedillo, cabecilla de un grupo de oposición, pagado por las compañías petroleras, yendo al corazón mismo de la conspiración, la plaza central de San Luis Potosí, a hablar con la gente congregada. Sin disparar un cartucho, disuelve el movimiento. Y muchos otros casos similares. Cárdenas cree en su investidura y en que sus propósitos de mejoría social serán comprendidos por su pueblo y, para lograr sus objetivos, se basa en la ley, y a ella se atiende.

El *Tata*, vaya ejemplo a seguir.

Y que no manchen, con su oportunismo, el singular legado.

De seguro, y pronto, habrá otros que sepan seguir su camino.

México los necesita, ya. **U**